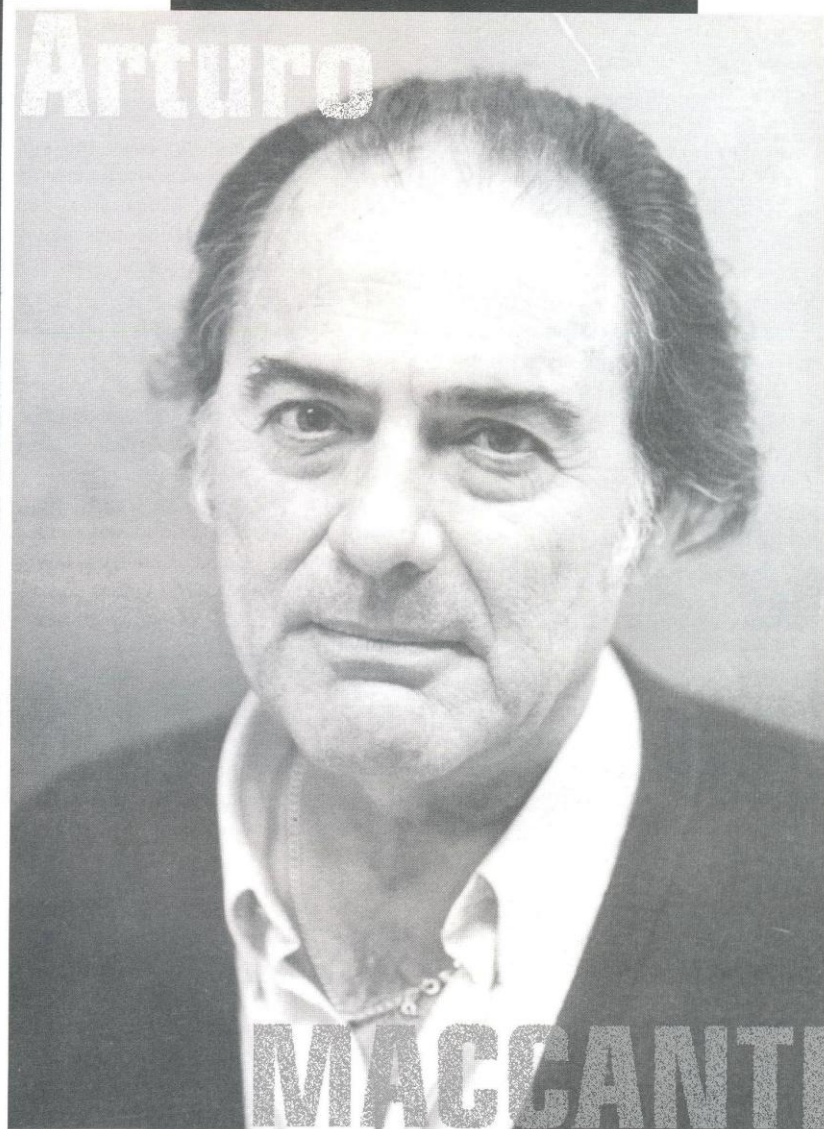


Arturo Maccanti

Nace en Gran Canaria, en 1934. Se traslada, en 1951, a la isla de Tenerife, donde comienza a colaborar en revistas literarias. En 1958, la colección San Borondón, de Las Palmas, le dedica un monográfico. En 1959, la Universidad de La Laguna edita *Poemas*, que obtiene el premio Santo Tomás de Aquino. Otros poemarios son: *El corazón en el tiempo* (1963), *En el tiempo que falta de aquí al día* (1967), *De una fiesta oscura* (1977), *Cantar en el ansia* (1982), *El eco de un eco resplandor* (Antología, 1989) y *No es más que sombra* (1995).

Han definido su obra como "poesía existencial cuyo núcleo irá expandiéndose sin abandonar sus raíces primigenias... su reconocimiento de la levedad del existir y la asunción de un escudo protector contra la fragilidad de la vida humana."



UNA POÉTICA

Podría aventurarme a describirla de mil maneras -cómo odio la literatura en este momento- y con ninguna rebasaría el umbral de su reino sagrado.

Hace cuarenta años, yo era un tumulto. Ahora, "pasada ya la cumbre de la vida, justo del otro lado", me mantengo en silencio y en vigilia, al margen de cualquier ruidoso torrente. He aquí la nueva riqueza de la edad.

Lo que he hecho, en el fondo, ha sido entretener mis manos en un universo de cosas, mientras meditaba y soñaba la poesía.

Eso no es todo. Muy poco, si bien se mira, debo reconocerlo, pero es en esa escasez donde se concentra cuanto amé hasta el presente. Ya en la adolescencia descubrí que era capaz, de cuando en cuando, de realizar ciertas formas de milagro con las palabras aprendidas. A la palabra muerta, y todas estaban muertas, entonces, para mí, yo le decía "levántate y anda", y veía cómo la palabra echaba a andar por el poema, y me quedaba deslumbrado y la seguía. Luego se hizo costumbre la cegadora experiencia y así por siempre hasta hoy.

EL POEMA SOBRE LA MESA

Arturo
Maccanti

Con las primeras luces
del alba de mi insomnio,
te acercas y me pones
una mano en el hombro.

Entonces yo levanto
a tus ojos mis ojos
desde la blanca página
del poema.

Qué hondo
el instante.

Quisiera
asirlo, dejarlo todo
como está, para siempre,
y, libre del acoso
de mi cuerpo y del mundo,
desvanecerme al fondo
del pasillo, saliendo
por el balcón al gozo
de ese momento eterno.

Como una luminaria,
se quedaría solo
el poema en la mesa,
para que lo leyesen,
algún día radioso,
nuestra hija y sus hijos
ramajes de nosotros,
los hijos de los hijos
del futuro remoto,
pobladores del mundo
los hijos de los otros,
nuestra familia humana,
que no sabrán el rostro
de la clara ceniza
que seremos nosotros,
ni la fuerza del sueño
que bullía, recóndito,
en los dos.

Ni el amor
que lo impulsaba todo,
desde el sueño a la luz
de este poema solo
sobre la mesa.

Mientras,
viajeros del anónimo
navío de la muerte,
tú y yo nos alejamos
por el silencio cósmico.